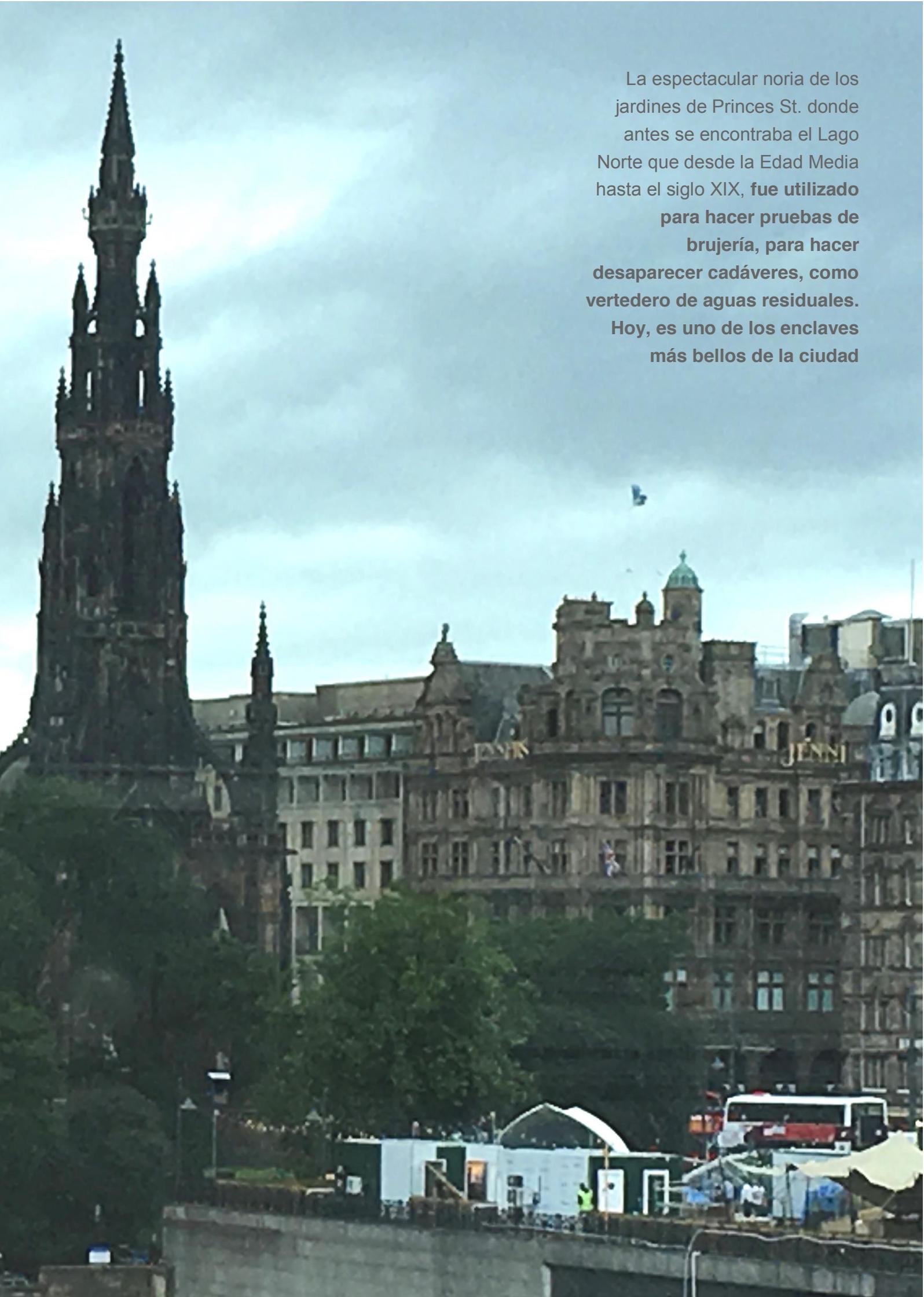


LA CIUDAD IMANTADA

Edimburgo es una cautivadora contradicción capaz de atraer una y otra vez a los visitantes. Cuando cae el sol, el hechizo de sus gentes invita a bailar en los inhóspitos lugares de las noches más cortas.

Texto y fotos: Silvia Nistal





La espectacular noria de los jardines de Princes St. donde antes se encontraba el Lago Norte que desde la Edad Media hasta el siglo XIX, fue utilizado para hacer pruebas de brujería, para hacer desaparecer cadáveres, como vertedero de aguas residuales. Hoy, es uno de los enclaves más bellos de la ciudad

Los adoquines de las aceras la rezuman, también las gotas de agua en el cristal de los autobuses, cada piedra de sus iglesias, los callejones imposibles, las cuestas, los bastos cementerios en cualquier punto de la ciudad. Es magia y se percibe en cada rincón de Edimburgo. Una especie de fuerza inagotable que se repite cada vez que viajamos a este increíble lugar construido sobre volcanes extintos. La denominada cariñosamente "Auld Reekie" (vieja chimenea), ofrece una experiencia casi onírica que se extiende más allá de la propia ciudad.

El Lago Ness se encuentra a unas tres horas por carretera, el recorrido perfecto para descubrir Highlands, una suerte de cautivadores paisajes de verdes colinas a los que ni siquiera Mel Gibson consiguió hacer justicia en la icónica Braveheart. Ahí reside el atractivo de la excursión, más que en intentar fotografiar al inventado monstruo de un lago cualquiera, pero para el que se ha creado una fantástica leyenda que supone invasiones de turistas durante todo el día e innumerables puestos de merchandising con toda clase de objetos adornados con la carita sonriente de Ness. Nos llevamos un souvenir: los paisajes en la memoria.

La espectacular panorámica que ofrecen los paisajes de Highlands y el Lago Ness.



La vaca peluda escocesa

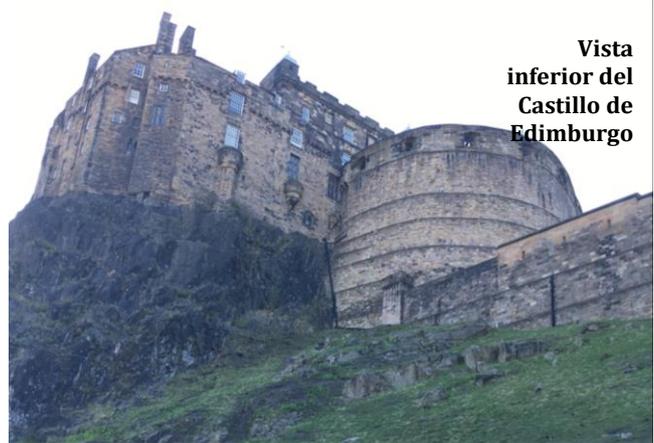
Alargar el recorrido por Highlands unos días supone una aventura para encontrarse a uno mismo y para volver a adquirir la capacidad de soñar despierto. Así lo entiende Mark, un joven chef y músico ocasional al que su cita de Tinder ha dejado plantado. The Hanging Bat sirve uno de los mejores pulled pork de la ciudad, acompañado de guarniciones imposibles como salmón marinado o cangrejo con mahonesa. Agradezco que nuestro nuevo amigo escocés me arrebatase la carta y decida pedir por mí directamente. Aunque ya sean las 12, para nosotros aún no es mediodía. El local está lleno de parejas, muchas de ellas hablan de los temas triviales de las primeras citas. Da la impresión de que en esta ciudad todos le tienen ganas al amor. Sin embargo, mis esfuerzos se concentran en comprender el acento escocés de Mark y en evitar mancharme con toda la suerte de salsas que emergen del plato cada vez que clavo el tenedor.

Esta vez Edimburgo supone la tranquilidad de no tener que trazar mapas interminables con marcas de los lugares hacia los que procesionan todos los turistas. Visitar un lugar ya conocido entraña un acto de rendición hacia el redescubrimiento de sus encantos. El reloj marca otro compás cuando uno no se ha de someter a las prisas de devorar todo lo que ofrece una ciudad antes de tomar el vuelo de vuelta.

Obviamente, el primer desembarco en Edimburgo pasa por visitar Castle Rock, el gran castillo que preside la colina más alta de la ciudad, recorrer los pasillos de la residencia de Isabel II; el Palacio de Holyroodhouse, o dejarse sorprender por los colores de las casas de Victoria St. Pero en las visitas posteriores puedes dedicar tu tiempo solo a aquellos rincones de la ciudad que te han mordido el corazón, aquellos que se han quedado enquistados en la memoria y que serán imborrables pase el tiempo que pase.

Le decimos a Mark que solo queremos andar y dejarnos llevar por esos recuerdos. Ríe. Es cierto eso de que siempre percibimos mejor el encanto que nos rodea en los lugares lejanos.

Edimburgo es una ciudad gris, con una llovizna impertinente a la que uno se acostumbra rápido. Cuando sale el sol, los jardines de Princess Street se llenan de risas, pelotas, libros abiertos y besos cortos. La pareja de nuestra derecha se regala caricias cautas e intercambian rubor en las mejillas. Tendrán más de treinta, pero me recuerda al amor de carabina, al infantil, al primero. “Aquí no somos tan pasionales, además no está bien visto” advierte Mark, mientras abre uno de los botellines de cerveza que hemos comprado de camino en un Sainsbury’s de Lothian Rd., uno de los tantos supermercados provistos de unas enormes neveras que solo están visibles entre las 12 am y las 22h, espacio de tiempo en que la ley sí permite la venta de alcohol en este tipo de establecimientos. El desnudo del castillo se alza sobre nuestras cabezas y la noria sigue su curso crepuscular a nuestra espalda. Algunos jóvenes arrastran hamacas alquiladas por 1 £ a través de la pradera, otros leen mientras van moviéndose en sintonía



Vista inferior del Castillo de Edimburgo



Vistas desde uno de los edificios de viviendas de Edimburgo



Pulled pork en su versión más austera

con los rayos del sol. Somos los únicos que disfrutamos bajo la sombra. Pricess St. Gardens separa dos mundos, hacia un lado Old Town, con la Royal Mile y la Catedral de St. Giles como epicentro, al otro, la New Town, a escasos metros, con su interminable glosario de franquicias, restaurantes, tiendas de lujo...

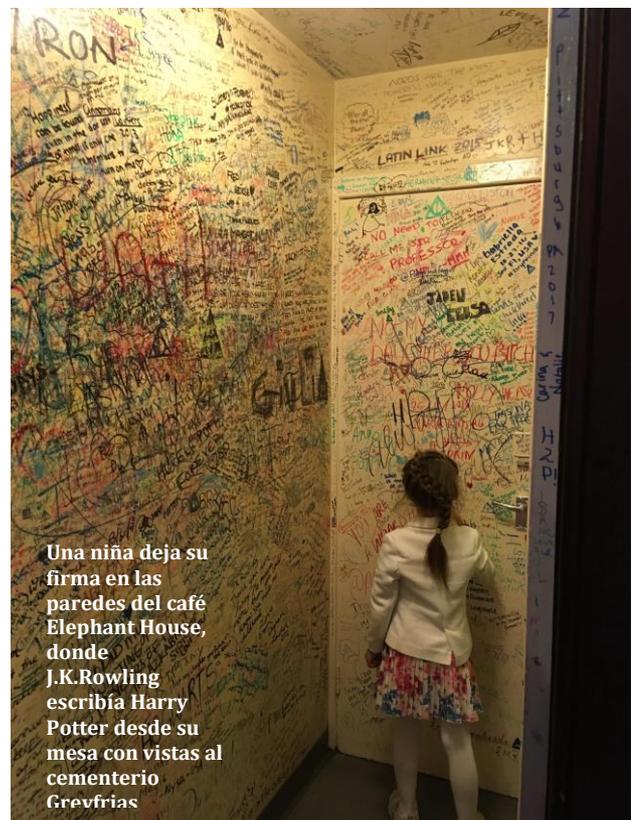


Detalles del interior del cementerio Greyfriars

Pero si hay algo más mágico que los contrastes de esta ciudad, son sus cementerios. Son innumerables los tours que ofrecen recorridos por los camposantos con más leyenda, algunos de estas rutas se pueden realizar incluso por la noche. Al llegar a Greyfriars Kirkyard, fuente también de inspiración de J.K. Rowling, se percibe un ambiente apacible tan solo roto por las voces lejanas de los guías explicando las historias del lugar. A pesar de que su visita sea un consejo pertinaz en todos los itinerarios, y de que el imaginario de Harry Potter naciera entre estos muros, no es uno de los lugares más concurridos de la ciudad. Hay gente a la que de verdad le da miedo y quizá prefieren no venir. Sin embargo, Mark no entiende ese temor; la ventana de su

habitación en un piso de las afueras da a un enorme cementerio.

La primera vez que visité Greyfriars, el guía comentó que algunas personas se mareaban al acercarse al mausoleo de Mackenzie, quien condenó a todos los covenantes (integrantes del movimiento religioso presbiteriano) de Edimburgo y los encarceló y ejecutó en una prisión situada en el mismo cementerio, por cierto, una zona cerrada al público tras haber sido investigada por expertos en fenómenos paranormales del todo el mundo. También nos advirtieron de que algunas de las fotos tomadas podrían verse borrosas o con manchas extrañas. Las nuestras no tenían nada raro, el único fantasma que aparecía allí era el propio guía. Sin embargo, en esta ocasión, puede que el respeto a la cultura de Mark nos estuviera sugestionando, pues cuando nos acercamos al enorme candado de la zona de los covenantes sentimos todos un escalofrío.



Una niña deja su firma en las paredes del café Elephant House, donde J.K.Rowling escribía Harry Potter desde su mesa con vistas al cementerio Greyfriars

La colina de Calton Hill también tiene magia, pero de otro tipo. El anochecer aquí es esa clase de embrujo que te cautiva. Es el lugar donde los sueños toman altura. Aquí donde los turistas y vecinos comparten las puestas de sol más bellas de Edimburgo. Alrededor de unas latas de cerveza y pequeños altavoces, las pandillas comparten anécdotas mientras los visitantes sacan fotos al Monumento Nacional que lo corona. Se trata de una especie de réplica del Partenón de Atenas, un homenaje a los soldados caídos durante las Guerras Napoleónicas que nunca se terminó por falta de fondos (según dicen, se gestionó tan mal la inversión que se compró más cerveza para los obreros que material para la construcción).

Los escoceses dan abrazos con la mirada

Son solo las 20h de un sábado de julio y acaba de ponerse el sol, pero la noche hace rato que ya ha empezado para muchos. De camino a la zona de Leith nos cruzamos con una pandilla de chicos que acarician el suelo con los pies mientras caminan. Van canturreando, botella en mano, pero

aún así, se apartan para cedernos el paso. Nadie se choca nunca en Edimburgo porque la gente de allí es extremadamente considerada. Dicen, que el alto número de suicidios es a causa de la depresión que provocan el alcohol y su grisáceo clima. Pero lo cierto es que en Escocia dan abrazos con la mirada y el que diga que no es que solo ha caminado por aquí con sus ojos cerrados. Brass Monkey es un típico pub escocés alejado del bullicio de los visitantes, con raciones de pescado, bagels, cócteles y una colección de grifos de cerveza no apta para los indecisos. A nuestra mesa se sienta un desconocido, al parecer un habitual del local. Se llama Andrew y acaba de llegar de los Fiordos Noruegos. Quiere a España, según dice, porque ha visto la adaptación inglesa de la serie Cuéntame. “La próxima vez elige bien” dice antes de irse, y señala hacia la cerveza o hacia Mark, no nos queda muy claro.

No todos los hombres llevan kilt, pero es más habitual de lo que pensaba. El Banshee Labyrinth en Niddry St es famoso por su infinidad de pasillos y salas que dan la sensación de estar en una mazmorra. Entre sus muros hay espacio para restaurante, cine, bar de



Una de las zonas del Bar Restaurante Banshee Labyrinth

quiz, conciertos de punk o pequeñas salas con barra y decibelios de rock. Muchos de los que están bailando en la pista llevan falda escocesa combinada con camiseta de The Cure o Joy Division. Caftán con algodón. La esencia del contraste de la ciudad reside en cada uno de los detalles, no verlo es no haber ido.

En Old Town se puede escuchar música escocesa y jazz a cualquier hora, sin embargo, locales como el mítico Whistle Binkie's o Stramash acogen toda la potencia del rock. La industria del diskjockey no es muy fecunda en una ciudad en la que las actuaciones en directo suelen ser la banda sonora de cualquier pub. Whistle Binkie's es un pequeño antro en el que la gente bebe pintas por 3 libras y blanden la cabeza a ritmo de la música. Una chica sacude su melena contra mi cara. Para de bailar, me pide disculpas mientras se aleja. Al poco rato vuelve con dos jarras de cerveza y me ofrece una con cierto gesto de compasión. No puedo negarme a aceptarla. "Sláinte" grita, mientras choca con fuerza su jarra contra la mía, y desaparece entre la multitud.

Algunas iglesias se alquilan o venden, por eso no es tan raro encontrarse con cafeterías, pubs o discotecas dentro de ellas. Es el caso de Stramash, un genuino local de rock en un entorno litúrgico de dos plantas. Bailar versiones de Franz Ferdinand o de Artic Monkeys entre los muros de una sacristía puede conllevar una experiencia lisérgica casi inolvidable. Pero son las tres de la mañana y las luces se encienden. La noche termina en toda la ciudad, algunos locales abren hasta más tarde pero solo durante el Festival de Agosto. En verano el sol sale casi a las cuatro, en invierno unas cinco horas más tarde. Los primeros rayos del día entornan nuestros ojos mientras atravesamos Grassmarket.



HOJA DE RUTA

BARES Y RESTAURANTES:

- **The Hanging Bat**
133 Lothian Rd
Uno de los mejores pulled pork de la ciudad
- **Brass Monkey**
362 Leith Walk
Un lugar genuino para tomar algo mientras charlas o juegas
- **The Banshee Labyrinth**
29-35 Niddry St
Uno de los imperdibles. Extraño y especial como pocos bares.
- **Whistle Binkie's**
4-6 South Bridge
Un sitio muy cañero al que acuden muchos españoles
- **Stramash**
207 Cowgate
La fiesta en una iglesia.

NO OLVIDAR:

- Hacer una excursión a **Highlands**. Cuestan entre 60 y 90€ e incluyen comida.
- Subir a **Calton Hill** y disfrutar la puesta de sol.
- Acercarse a la Catedral de St. Giles y reservar un tour por las cuevas subterráneas (solo se puede acceder mediante agencia) y mientras, escuchar las gaitas escocesas que resuenan por allí.
- Tomar un helado en la ladera del castillo disfrutando de Grassmarket.
- Recorrer la **Royal Mile**, bien yendo de compras o recorriendo todos sus genuinos pubs.
- Recorrer **Princes St.** por un lado las franquicias, por el otro la calma de los **Princes Gardens**.
- Olvidarse de las guías que ofrecen Edimburgo en 24h/48h. Esta ciudad tiene mil y un lugares por descubrir. Muchos de ellos merecen ser visitados con calma.



Alzo la vista hacia el castillo, y me hago otra vez la promesa. No importa a qué hora salga el sol, hay que volver a ver amanecer en Edimburgo. ©